

Crisis de la democracia

En los términos de Jesús de Nazareth cuando se refería a lo que hace bienaventurado al hombre, la democracia es “hambre y sed de justicia”,



es decir, no es ni una técnica, ni un instrumento, ni un procedimiento, ni un mecanismo: es un eros espiritual y metafísico.

I

La democracia es sólo un instrumento de gobierno? Es sólo una forma de organización o asociación política? Es sólo un modelo versátil, eficaz, e infinitamente moldeable y adaptable de constitución civil y ciudadana? O hay en ella algo que trasciende la mera adaptabilidad formal y operativa? La sola versatilidad política, legal y organizativa? Hay algo en ella irreductible al mero plano técnico, formal, útil, y pragmático? Hay en ella, en otros términos, sustancia humana, universal y normativa? Hay en ella algo absoluto? Algo esencial que trascienda y norme el mero plano técnico y pragmático?

Respondo: sí, en la democracia sí hay algo universal y normativo; sí hay algo que juzga y trasciende radicalmente la relatividad del orden técnico, formal y operativo. Ese algo son los derechos humanos. Ellos fundan y definen, más allá de todo valor formal y operativo, la razón de ser, la autoridad, la sustancia espiritual y la jerarquía ética y ontológica de la democracia como forma de organización social y de gobierno. Ellos son los que fundan, absolutamente, su universalidad esencial y de derecho, su valor absoluto y normativo, su rango universal y humano, su naturaleza ética, su carácter pedagógico, su índole plural y libertaria, su ethos agónico y dramático y su vocación aristocrática.

Es en virtud de esos derechos que la democracia se constituye como un fin en sí misma e infinitamente más que una mera forma o instrumento de gobierno. Esos derechos o libertades naturales y esenciales del hombre son, en efecto, los que fundan y definen su valor absoluto y la revelan, como la expresión pública y política, no de un contrato, o modelo, o régimen, o acuerdo, sino de la naturaleza humana misma. Esto es lo que funda su carácter originario y trascendente y su representatividad

► **Francisco Rivero**

*Profesor Titular
Universidad Metropolitana
Departamento de Humanidades*



y normatividad universal. Las libertades esenciales y naturales del hombre, los derechos humanos, son, pues, más que el gobierno, el estado y la política, más que cualquier actor político, sea éste el pueblo, el individuo, una doctrina o un partido. Todo en democracia se ordena o subordina, en principio, y en los hechos, a esas libertades y derechos. Ellos son, en el orden político, institucional y público, la justificación y fuente de toda legitimidad, autoridad y gobierno. Por eso, en cuanto portadora y expresión de esas libertades o derechos, la democracia norma, trasciende, y juzga a todo proceso, doctrina, proyecto, partido, o grupo de acción política y gobierno.

Dicho en otros términos, toda autoridad, legitimidad o bien político se resuelve en esas libertades o derechos que manifiestan y derivan de la naturaleza humana misma, es decir, de la esencial y originaria dignidad y autonomía del hombre en cuanto piensa. Toda la institucionalidad pública y política de la democracia se ordena, pues, a la realización y perfección del hombre en cuanto espíritu y conciencia. Para él existe, por él existe, y sólo a él responde y obedece. De ahí deriva, entre otras cosas, 1) la grandeza y pasión de la política, 2) el carácter constitutivamente ético de la democracia como forma de gobierno, y 3) la imposibilidad de que pueda existir una democracia meramente formal o instrumental. El intentar, a pesar de ello, construirla, exilando de la vida pública y política la normatividad del pensamiento, define, en su esencia, la disolución democrática de la sociedad occidental moderna, sea en su forma representativa e individualista, sea en su forma participativa y socialista.

II

Ahora bien, la reducción de la democracia, en cualquiera de sus formas, a mera técnica, o méto-

do, o instrumento de organización política y gobierno, universalmente vendible y exportable, como es el caso por ejemplo con el intento actual de los Estados Unidos de venderle, o imponerle, un modelo de democracia liberal a Irak y Afganistán, o con el actual gobierno bolivariano de Venezuela y su intento de venderle, o imponerle, un modelo de democracia popular de inspiración castrista a una sociedad abierta y pluralista que nunca lo autorizó, votó, ni debatió, implica negarle al orden social, en principio, toda consistencia ética, cultural e histórica esencial, y conduce, entre otras cosas, 1) a la liquidación de la persona como principio y fin de la política, es decir, a la liquidación del hombre como sujeto dotado de una naturaleza y de una historia que lo definen y comprometen moral, cultural y socialmente, 2) a la consiguiente liquidación del pensamiento y a su literal persecución y exilio de la vida pública y política, 3) a la reducción de los derechos inalienables de la persona a meras formas legales sujetas al solo y soberano criterio de operatividad y funcionalidad de un modelo, o sistema, impersonal, anónimo y abstracto de organización política y gobierno, y 4) a la consiguiente e inevitable liquidación y negación de la trascendencia, sustantividad y normatividad esencial de la libertad, la conciencia, la vida moral y el orden espiritual e histórico concreto.

Esta radical liquidación y vaciamiento; esta alienación; este intento de sustituir al orden real y a la existencia por un modelo pura y absolutamente "racional" y operativo, es lo que técnica, metódica, y rigurosamente, han intentado llevar a cabo en nuestro tiempo el liberalismo y el marxismo en nombre de la "revolución" y del "mercado". Esta "revolución" y este "mercado" serían el símbolo "liberador", "transformador" y "necesario", del descubrimiento de una definitiva y nueva "razón", o nuevo "saber", o nueva "ciencia", representada

y encarnada en el racionalismo filosófico moderno formulado por Descartes. Aquí esta la raíz del desvarío espiritual de la cultura Occidental moderna. Esta es la fuente de las ideologías positivistas, neoliberales, y marxistas y de su negación de la sustantividad y normatividad de la persona humana, o de la naturaleza humana, que hace posibles y obligantes los intentos “revolucionarios” y “neoliberales” de “crear”, o “re-crear”, contra la humanidad concreta, una historia, una sociedad y un hombre “nuevos”. En ese monstruoso y demencial proyecto están comprometidos hoy los espíritus “progresistas” e “ilustrados” del Occidente neoliberal moderno.

III

Ahora bien, es precisamente en virtud del derecho natural, es decir, de la libertades y derechos originarios de la persona que ella encarna, custodia y representa, que la democracia se define, más allá de todo valor instrumental y utilitario, como voluntad moral y reclamo de justicia. En los términos de Jesús de Nazareth cuando se refería a lo que hace bienaventurado al hombre, la democracia es “hambre y sed de justicia”, es decir, no es ni una técnica, ni un instrumento, ni un procedimiento, ni un mecanismo: es un eros espiritual y metafísico. Esa es su naturaleza porque esa es la naturaleza de la libertad. Por eso la democracia no existe, ni puede existir, sino como voluntad moral, como lucha por la libertad y la justicia.

Esa lucha, ese amor, esa pasión, y ese desvelo, son la vida misma de la democracia. Por eso, si el hombre, por la razón que sea, no vive y lucha por esas libertades y derechos, si, culpablemente, los ignora, desecha, rechaza, o desprecia, la democracia se corromperá, se degradará, y fatalmente desaparecerá. Esa es la razón por la cual, más que

cualquier otro régimen político, la democracia no existe, ni puede existir, si no está alimentada e inspirada por una cultura de la persona y el espíritu, por un afán moral, por un hambre incondicional de verdad y de justicia.

La crisis de la democracia en nuestro tiempo es, por eso, en su esencia, una crisis del espíritu, una crisis de principios. Esas crisis afectan, de modo absoluto, a la libertad, y con ella, a la justicia. Por eso son crisis morales que trascienden radicalmente a la política en cuanto lucha por el poder. En esas circunstancias, la capacidad de discernir y asumir principios decide la lucha por la libertad. Todo depende en estos casos, como en el de Venezuela hoy, de que haya hombres que asuman, en la vida y en los hechos, la obligatoriedad incondicional de los principios. Esto es así porque en estas situaciones lo que se requiere son testigos, no maniobras, operadores, ni promesas. Esto es lo decisivo y sustantivo. Por eso, se puede ganar, por ejemplo, el revocatorio y perder a la nación y al pueblo. ¿Quién gana y quién pierde, cuando uno es un instrumento y el otro vida y conciencia?

No bastan, pues, proyectos a futuro de renovación nacional si se quiere conquistar a un pueblo. Se requiere vida, es decir, no retórica y palabras sino hechos, testimonios y testigos. ¿Dónde están esos testigos? ¿Dónde están los testimonios, contundentes e inequívocos, de ese despertar moral? ¿Dónde los hechos que evidencien esa renovada voluntad y conciencia? ¿Quién es capaz de abrazar y darle cuerpo, de verdad y sin manipulación alguna, al eterno, maravilloso y desgarrador imperativo de Justicia, que más allá de toda bandería, nos erige en hombres, haciéndonos sentir y palpar a todos el júbilo de la fraternidad? la certeza íntima de que la democracia vive? ¿No es la libertad absolutamente importante? ¿No son las crisis radicales

de libertad, en su esencia, crisis radicales de justicia? ¿Habría crisis de libertad si no hubiera una crisis profunda de justicia? ¿No es pues la justicia, o lo que es lo mismo, la visible y dramática injusticia, la raíz misma de la crisis de la libertad que estamos padeciendo? ¿La lucha por la justicia no es por tanto condición anterior y superior al exclusivo, patético y mediocre afán de “salir” del Presidente? Pregunta: ¿Qué es lo absoluto, la justicia o el Presidente? ¿A qué nos obliga eso? Cual es, consiguientemente, la verdadera situación que estamos enfrentando? ¿Cómo aparecen los “liderazgos” bolivarianos y opositores a su luz? Piense, y haga pensar. Y acuérdesese, la democracia no es “democrática”. Nada de lo que esencialmente afecta y atañe al hombre es “democrático”: es “aristocrático”. Gracias a Dios.

IV

Ahora bien, ¿Porqué y en que sentido los bienes humanos son esencialmente “aristocráticos”? Los bienes humanos son esencialmente “aristocráticos” porque son bienes morales. ¿Pero, qué es un bien moral? Un bien moral es un bien libre, un bien que no existe, ni puede existir, si el hombre no hace que exista: si el hombre no quiere, conciente, expresa, e intencionalmente, que exista. Por eso no hay, ni habrá nunca, por ejemplo, educación popular, ni salud pública, ni justicia social, ni democracia política, ni prensa independiente, ni autonomía universitaria, ni amistad auténtica, ni valor, coraje y valentía personal o ciudadana, si los hombres no hacen que existan. Pero para que los hombres hagan estas cosas primero tienen que ver su valor esencial, y viéndolo, responder a él incondicional y libremente. La capacidad de ver, reconocer, y responder al bien, porque es el bien, es la esencia de la libertad. Por eso no hay libertad sin verdad. Por eso, la capacidad de ver, la capacidad

de reconocer y responder a la verdad, porque es la verdad, es lo que define esencialmente al hombre y hace posible identificar el rango moral y espiritual de una persona, una sociedad, o un pueblo.

Dicho en otros términos, la capacidad de reconocer la verdad y de responder a ella radical e incondicionalmente, porque es la verdad, es lo que determina el rango “aristocrático” o “plebeyo” de un hombre, una sociedad, o un pueblo. Esto implica, entre otras cosas, 1) que no hay, ni puede haber, moralidad plebeya, o lo que es lo mismo, que la libertad, si es libertad, es siempre y necesariamente aristocrática, 2) que es imposible reducir la vida de la inteligencia y de la razón a un mero formalismo, o a una mera técnica o procedimiento lógico y lingüístico, 3) que la vida humana, en cuanto es libre y moral, es absoluta e infinitamente más que vida física y orgánica. Esto significa que trasciende y norma, a) al orden biológico y vital, b) al universo total del poder, el placer, la utilidad, el bienestar, la necesidad y el interés, y c) al plano entero del desarrollo técnico y científico que los sirve y obedece.

Dicho de otro modo, la capacidad de ver y responder a la verdad, o a cualquier otro bien esencial, porque es un bien, descubre a la vida específica del hombre como la vida del alma, y a la vida del alma como un puro amor y eros, como un infinito afán y anhelo, de que el Bien, porque es el Bien, en y a través de ella, y gracias a ser poseída por él, viva y exista. Esta es la esencia del vivir humano, Esta, consiguientemente, es la esencia y norma de la vida política tal y como los griegos, principalmente Sócrates, Platón, y Aristóteles, la comprendieron y asumieron.

De estas experiencias y conciencia nació la ciencia política occidental. Esto es lo que hace imposible, en principio, la reducción de la sociedad, la política, y el hombre a la lógica, o necesidad, de cual-

quier "proceso". Dicho de otro modo, la vida de la persona es la vida de la libertad, y esa vida es inseparable del conocimiento y amor del Bien absoluto y trascendente. Ese conocimiento y amor revelan a la persona como partícipe, en derecho, de un Orden espiritual y trascendente. De esa vida de amor y conocimiento, de esa vida del alma, la Ciudad recibe su justicia, y con ella, su norma, sostén, justificación y fundamento. Es el alma, pues, o la vida del alma, la que funda la condición esencialmente espiritual o "aristocrática" de la Ciudad, el Hombre, la Democracia y la Libertad. Su ausencia es lo que a su vez determina lo que desde hace mucho tiempo venimos padeciendo en Venezuela y Occidente: el derrumbe «plebeyo» del Hombre, la Ciudad, la Democracia y la Libertad.

V

Ese derrumbe, como sugerimos antes, no es casual, aleatorio ni circunstancial. Ese derrumbe es "fatal". Fatal en el sentido de que está determinado por la lógica de una posición filosófica. ¿Cuál posición filosófica? La del racionalismo filosófico moderno. La crisis de la democracia moderna es, en otros términos, el resultado inevitable de la crisis del racionalismo filosófico que ha informado y definido a la civilización occidental desde el siglo 17 hasta el presente. ¿Qué es, pues, el racionalismo filosófico moderno y en que consiste su crisis? El racionalismo filosófico fundado por Descartes pretende ser la revelación de un "nuevo" saber, o nueva "ciencia", que le hará posible a la humanidad la realización y el cumplimiento, definitivo y absoluto, de una vieja aspiración y un viejo sueño. Esta aspiración y sueño no son originariamente humanos, son demoníacos: precisamente los que le propuso el demonio a Adán y Eva en el Jardín del Eden, cuando los instó a que se rebelaran contra Dios,

que los engañaba y oprimía, y se atrevieran a conquistar y asumir por sí mismos el Control del Ser, el Señorío del Orden, y el dominio absoluto de su libertad y su destino.

Este afán de "adueñarse" del Ser, como bien lo vio y afirmó Nietzsche en su momento, descubre la esencia del "nuevo saber" racionalista e ilustrado como "Voluntad de Poder". Esta Voluntad de Poder es el nuevo dios, o ídolo, que preside los tiempos "modernos". Su culto nihilista es el que Occidente ha venido predicando y sembrando a lo largo y ancho del Mundo, desde el siglo 17 hasta el presente. Esa Voluntad de Poder es la fuente de la religión moderna del "Progreso", la "Ciencia" y la "Acción", que ha sido propagada, universal y sistemáticamente, por esas dos grandes "iglesias" o "congregaciones", o "dogmas" profanos que son el Mercado y la Revolución.

Requisito para alcanzar el "nuevo saber" que redimirá y liberará al hombre de la tradicional y humillante condición humana es la absolutización de la Razón y la Conciencia. Esto se logra a través de la "duda metódica", que aísla, separa y depura a la Mente de toda vinculación con el Mundo y de toda realidad independiente, es decir, de toda existencia que no sea la de la sola, propia, y única "conciencia de sí", o "Cogito", en el sentido cartesiano del término.

Esa "sola Razón" o "Conciencia", aislada del Mundo y depurada de todo vínculo ontológico, es convertida y erigida así, en único objeto del saber, en único y exclusivo horizonte de reflexión, análisis, juicio, y referencia. Gracias a la "duda metódica", esa "sola Conciencia" es convertida, como quería el sofista Protágoras, en "medida de todas las cosas", es decir, en único marco, medida y criterio de determinación posible del Ser, la Realidad, la Verdad y la Ciencia. Es en nombre de esta nueva "Razón" autosuficiente y absoluta; es en nombre

Este afán de "adueñarse" del Ser, como bien lo vio y afirmó Nietzsche en su momento, descubre la esencia del "nuevo saber" racionalista e ilustrado como "Voluntad de Poder". Esta Voluntad de Poder es el nuevo dios, o ídolo, que preside los tiempos "modernos".



de esta "sola" Conciencia auto erigida en árbitro y medida única de la Verdad y el Ser, y es en nombre de la "nueva" Moral y nuevo "Deber" que de ellas se derivan, que el hombre se ha sentido autorizado a devastar a la sociedad y humanidad existentes en pos de la creación de una sociedad y un hombre "nuevos".

Dicho de otro modo, el afán moderno de absolutizar a la razón conduce, 1) a aislar, desarraigar y separar a la Conciencia de la originaria realidad del Mundo, 2) a la identificación de la Razón y de la Lógica, 3) a la consiguiente reducción y comprensión del Cosmos, la Realidad y la Historia como meros "fenómenos" o expresiones de la "Lógica", o "Proceso", de una Conciencia inmanente, autosuficiente, y absoluta 4) a la consiguiente reducción del Ser y la Existencia a una "receta" o una "fórmula" íntegra y metódicamente transmisible, manipulable y controlable, y 5) a la proliferación de esas "recetas" o esas "fórmulas", que bajo el nombre de "ideologías" y fundándose en la "autoridad" de la "nueva ciencia", anuncian y profetizan el "adviento" de una humanidad finalmente emancipada y liberada de toda limitación y dependencia.

En nombre de esa "nueva" humanidad, las ideologías han llamado, y llaman, a la guerra "santa". En nombre de su nueva "racionalidad" y "justicia", como tan claramente lo ha analizado y explicado Albert Camus en su *Hombre Rebelde*, el hombre "moderno", o "ideologizado", se ha sentido llamado y obligado a liquidar al hombre y a la sociedad histórica concreta. Me refiero, obvia y principalmente, a ideologías como el liberalismo, el positivismo, y el marxismo. Esas ideologías, con su reducción de la persona y el sujeto a un mero elemento, o función, o efecto, de la "lógica" de un "Proceso", o "Modelo", o "Sistema", absoluto y

universal, son la causa principal de la crisis de la democracia en nuestro tiempo.

VI

Esto define la crisis actual de la democracia como una crisis espiritual, intelectual y filosófica. No es accidental, por eso, que autores como Maritain, Voegelin, Camus y Solzhenitsyn, entre otros, hayan llamado a trascender a la "modernidad" y sus dogmas. La voluntad de verdad, escuchan bien los adictos a las fórmulas "revolucionarias", neo liberales o bolivarianas, la voluntad de verdad es la piedra de toque de la voluntad de justicia. La verdad, sólo la verdad, es la que hace posible a la justicia. Por eso no hay, ni habrá nunca, pueblos, hombres y naciones soberanas sin lucha por la verdad, sin capacidad de disidencia, sin un absoluto respeto por la autonomía y libertad del pensamiento. No es accidental, pues, que en un contexto tan ideologizado como el del occidente moderno, el pensamiento sobre. No es accidental que se le margine y sustituya por la verdad "oficial" de la "Revolución" o del "Mercado". Independientemente, pues, del Modelo que se adopte, él y sólo él, es el que define al Ser, y con el Ser, a la Verdad, el Bien, la Justicia, la Moral y la Libertad. No hay, por eso, ni puede haber, en un contexto semejante, bien, moral, verdad, justicia, ni libertad, fuera, o contra, o sobre, la "ley", o "lógica", del "Modelo", o el "Sistema". Sólo la "verdad", o "racionalidad" oficial, impera, gobierna, autoriza y legitima. En un contexto como ese no hay, ni puede haber evidentemente, vida, acción, pensamiento o existencia independiente: todo, absolutamente todo, está sujeto a las "razones" y "exigencias" imperativas y absolutas del Sistema.

En esos "términos", la palabra, y con ella la política, los políticos y el mundo de la "comunica-

La palabra, y con ella la política, los políticos y el mundo de la "comunicación" y las relaciones sociales en general, se convierten, como lo enseñaron los sofistas griegos, en instrumentos de poder; en armas ordenadas, no a la verdad, sino a la guerra.

ción" y las relaciones sociales en general, se convierten, como lo enseñaron los sofistas griegos, en instrumentos de poder; en armas ordenadas, no a la verdad, sino a la guerra. El "Sistema", o la nueva "Ciencia", devoran, inevitablemente, al hombre, al prójimo, a la persona, al ciudadano, y al sujeto al negarles toda autonomía moral y definirlos, única y exclusivamente, como "amigos" o "enemigos" de una "Lógica" o "Proceso" erigido en nueva y absoluta Razón, o nuevo dios. En nombre de este nuevo dios que nos exime de toda obligación moral como no sea la de servirlo y adorarlo sin pensar; en nombre de esta abyección que todo lo exige, permite, y autoriza si ello redundará a mayor gloria del Sistema, la "dirigencia" del Proceso, sea éste el de la "Revolución" o el del "Mercado", terminará integrada, fatalmente, por los elementos más abyectos, degradados, y serviles de la sociedad. Cuando esto sucede, cuando, con palabras de Sófocles, en su Antígona, "el mal parece un día bien al hombre cuya mente lleva un dios a la ceguera", entonces, también con palabras de Sófocles, "brevísimos es ya el tiempo que vive sin ruina". Esto se aplica no sólo a los individuos, se aplica también, como lo enseña Toynbee, a las sociedades, a las civilizaciones y a los pueblos. A todas las sociedades y civilizaciones, y a todos los pueblos, porque ellos también son portadores de destino; ellos también son sujetos morales, y por lo tanto irreductibles, inconvertibles, en meras funciones, o momentos, del "desarrollo" de un Proceso o Sistema impersonal y necesario.

VII

La "nueva ciencia" anula, pues, y devora, en nombre de la "nueva" y absoluta Razón y su Moral, al hombre, la persona, la conciencia, y la libertad. "Los sueños de la Razón", escribió Goya, "en-

gendran monstruos". Esta monstruosidad "racionalista", engendrará, a su vez, otra monstruosidad equivalente. Para evitar la liquidación del "espíritu" y la libertad se dirá, en efecto, que la libertad, el bien, la moral, y la humanidad no tienen nada que ver con el saber, la razón, el juicio, la mente, el espíritu, la inteligencia, ni la verdad. Para "eludir" la locura de una razón absolutizada y ganar un espacio para el hombre concreto y la libertad, se separará y aislará a la libertad de la mente y de la verdad.

Si la razón absolutizada conduce a la identidad de violencia y racionalidad, la libertad absolutizada conduce a la absolutización de la acción, y con ello, a la identificación del poder y de la libertad, es decir, a la misma e idéntica locura e irracionalidad. Piénsese como ejemplos, en la dictadura cubana como "mar de felicidad" o en la "libertad" de hacer "lo que me de la gana", dentro de un marco legal puramente formal, proclamado por Occidente a los cuatro vientos como ideal de "progreso", "democracia", "cultura" y "civilidad". Esta parodia de la libertad, esta absoluta abyección e irracionalidad, este nihilismo y voluntad de poder, es, como bien lo vio Nietzsche, el destino fatal al que nos conduce la lógica de la Modernidad. Si se quiere, pues, asegurar la comunidad del hombre, la justicia y la libertad, hay que trascender esa Modernidad y volver a nuestras fuentes: volver a Grecia y a la Biblia y su Revelación, que conocieron a Dios y nunca, por eso, absolutizaron al hombre, la razón, la ciencia, o la libertad.